

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

**Claudio Belini, *La industria peronista*, Buenos Aires., Edhasa, 2009, 220 páginas.**

*La industria peronista* es, ante todo, un ensayo de historia económica que hurga en un tema caro al sentido común extendido sobre lo que fue “el peronismo”: “un ensayo esclarecedor sobre el resultado de la política industrial del peronismo”, según promete una leyenda en la contratapa del libro. Un ensayo que además, y es clave señalarlo, es el resultado de un recorte esforzado que el historiador Claudio Belini debió operar sobre la investigación que fue la base de su tesis de doctorado. La razón que justificó el ejercicio de transformar un trabajo que, en su formato original, cabe suponer exhaustivo y plagado de marcas académicas, en un texto breve con una cantidad aceptable de notas y referencias bibliográficas que no obstaculizan la lectura insistentemente, se vincula con la inclusión de este libro en la colección Temas de la Argentina, dirigida por Juan Suriano. La editorial Edhasa concibió este espacio para que el campo historiográfico pudiera reconectarse con públicos lectores más amplios. Así, el libro pivotea de manera compleja, entre las exigencias de la academia y la necesidad de resultar accesible para otros sectores.

Hay una intención fuerte que parece subyacer en la trama de *La industria peronista*: para disipar dudas sobre debates ideologizados, se den estos dentro o fuera de la historia profesional, el camino académicamente correcto es ofrecer una investigación empírica sobre los temas en discusión. En este caso, y esto constituye el gran aporte de Belini, dentro de la historiografía profesional, la política industrial del peronismo fue abordada tangencialmente, sea desde reflexiones que abordaron globalmente la economía política del peronismo en el marco de miradas de más largo alcance sobre los distintos períodos de la historia económica nacional, sea atendiendo a ciertos cambios generales visibles en la estructura industrial durante el período peronista. De este modo, Belini se planta sobre un terreno inexplorado: el del papel del Estado en la formulación (o no) de una “política industrial”. Se trata de un tema más que interesante si además se tiene en cuenta que en el imaginario colectivo, el peronismo está indefectiblemente asociado a una época de esplendor industrial. Es a través de este resquicio que el libro de un historiador puede colarse en la biblioteca de un no-historiador.

La propuesta de Belini es, pues, desentrañar el contenido de la política industrial del peronismo, abordándola por sectores. Propone analizar sus modos de implementación, evaluar su impacto, y sobre todo, detectar la distancia entre metas iniciales y resultados de las políticas en cada uno de los siguientes sectores: la siderurgia, la producción automotriz, la industria de maquinaria agrícola, la producción de artefactos para el hogar, la industria textil y la

cementera. Es el análisis de estas cuestiones, sector por sector, el que se despliega en seis de los siete capítulos centrales de *La industria peronista*. En definitiva, la investigación deja en evidencia la distancia que medió entre las políticas públicas y su impacto estructural efectivo dentro de un muestreo crítico de sectores industriales, ya que su recorte incluye industrias que ya se encontraban en expansión desde períodos previos (como la textil y la cementera); ramas claves en el patrón industrial de posguerra por su estrecha vinculación con la expansión del consumo de los sectores populares y, finalmente, ramas pesadas, cuyo crecimiento era imprescindible si es que se aspiraba a la integración vertical de la industria nacional.

Ahora bien, desde la introducción, el autor adelanta ciertas líneas que constituyen su punto de vista y que se pueden ver reactualizadas con el correr de las páginas. En primer lugar, se encuentra la afirmación de que efectivamente la posguerra ofrecía un contexto propicio a la reorientación de la economía hacia el mercado interno y que los hacedores de la política económica del peronismo no asociaban desarrollo industrial con autarquía, sino más bien con la posibilidad de diversificar la economía en pro de estabilizar el cuerpo social frente a los embates de los ciclos económicos internacionales.

En segunda instancia, pero más importante aún, la tesis central de Belini es que no hubo “política industrial” alguna durante el peronismo, si entendemos por ella “un conjunto ordenado de instrumentos destinados a estimular el crecimiento de ciertas industrias seleccionadas en el marco de una política de desarrollo”. (p. 11) ¿Qué hubo en cambio? El historiador sí reconoce la existencia de una vocación de aliento al crecimiento manufacturero, basada en la aplicación de una serie de instrumentos que, según sostiene, fueron empleados de una manera errática, poco planificada y, casi diríamos, *ad hoc*. El peronismo en el poder intentó operar sobre un proceso de industrialización sustitutiva ya en marcha, valiéndose fundamentalmente de herramientas como el régimen de fomento de “industrias de interés nacional”, el otorgamiento de permisos previos de cambio para la importación de insumos y maquinarias, la concesión de cuotas de importación, los tipos de cambio preferenciales y las políticas crediticias que daban protagonismo al Banco de Crédito Industrial. También se erigió como “Estado empresario”, bien impulsando la producción en áreas donde difícilmente los capitales privados se hubieran aventurado por sí mismos -como en los casos de la creación de IAME en la industria automotriz y el del incentivo para la producción local de tractores-, o bien mejorando la provisión de servicios como el gas y la electricidad, que funcionaron como precondition infraestructural para la expansión de la demanda y consecuente popularización de ciertos artefactos para el hogar.

Pese a que la cuidadosa investigación de Belini no deja de dar cuenta de que la actividad industrial creció y de que la mejor distribución del ingreso dio un renovado impulso a los sectores populares en tanto consumidores, así como les otorgó un mayor poder de negociación frente al capital, interpela con un balance sobre el papel del peronismo en el mundo de la industria que, en términos globales, se presenta como bastante negativo. La imagen de un Estado

fortalecido, con mayor autonomía para la intervención en áreas más amplias de la sociedad civil, y capaz de planificar su acción, cae sin más. Y esa caída es potenciada por un tercer punto que el autor señala a colación de los detallados más arriba: no solamente el peronismo no tuvo una “política industrial” cabalmente entendida, sino que si confrontamos los planes quinquenales con los resultados reales, se fracasó en muchos de los objetivos. Según reflexiona, hay varios factores que lo explican. Primero, los planes formulaban objetivos pero no especificaban el modo de alcanzarlos, lo que daba demasiado margen de acción a una burocracia poco capacitada para estos nuevos desafíos. Segundo, al proyecto peronista se sumaron grupos tan heterogéneos que era imposible evitar que sus respectivos intereses entraran en colisión, lo que además, lleva directamente al tercer factor: el peronismo no fue el gobierno de los empresarios. No tuvo poder para “domesticar” al capital. Ni siquiera en los casos de empresas que gozaron de respaldo financiero y ventajas concretas. Y menos aún logró establecer vínculos orgánicos con el empresariado. La relación con la UIA -ya tensa desde los tiempos del gobierno militar-, no mejoró y, en su lugar, la relación gobierno-industriales, debió forjarse parceladamente con cada cámara industrial. Esto conduce a un aspecto sobre el que Belini no ahonda, pero que asoma bosquejado en varios pasajes y que es vital para entender su visión de conjunto sobre las políticas del peronismo para el sector industrial. Si la “alianza de clases” no fue un trípode al no contar con un involucramiento pleno del capital, se desprende que Perón se reclinó sobre la relación con la clase obrera organizada. Esto impuso límites políticos imposibles de rebasar para cualquier esquema de desarrollo económico que se hubiera diseñado como, según el autor demuestra, el poco entusiasmo obrero frente a las campañas por la productividad y las políticas antiinflacionarias que complicaron el desempeño del segundo gobierno de Perón.

Basándose en la interpretación de una cantidad de fuentes diversas y originales, estatales y empresariales, Belini brinda información nueva y puntillosa sobre el desempeño industrial durante el peronismo. Hay un intento por sistematizar estos datos en una mirada integradora hacia el final del libro. Así, el historiador concluye la existencia de dos etapas con orientaciones diferenciadas. Una primera etapa, de 1946 a 1950, en que no hubo un enfoque abarcador y en que se echó mano, más o menos flexiblemente, de los instrumentos crediticios y comerciales ya mencionados. El estímulo crediticio fue empleado con frecuencia, pero la industria, lejos de lo que indica un sentido común extendido, sufrió la competencia de las importaciones porque, por un lado, había divisas, pero sobre todo, porque no se habían actualizado los aforos sobre los que se fijaban los derechos aduaneros, lo cual viene a reforzar la tesis de la naturaleza no autarquizante de la política peronista. El Primer Plan Quinquenal fijó metas que apuntaron a la diversificación industrial pero no especificó jerarquías ni vías de implementación. Belini observa en relación con esto que:

“...la euforia económica de la inmediata posguerra, que se expresó en el incremento de la producción industrial acompañado por una importante expansión del consumo, alentó una sobreestimación de las capacidades de la economía y postergó

proyectos que, como la producción del acero, pocos años después se harían imprescindibles” (p. 200).

Esto explicaría la dilación de proyectos de vital importancia para la producción local de insumos, como fue el caso de SOMISA.

En la segunda etapa, cuyo inicio Belini ubica en 1950, la crisis del sector externo - con la consiguiente merma de divisas- y la inflación en aumento, llevaron a una reformulación que, en principio, el lector puede vislumbrar como alentadora, en contraste con el punto de vista dominante en *La industria peronista*. De este modo, en el Segundo Plan Quinquenal se estableció una jerarquía de prioridades en cuanto a las áreas que requerían de mayor respaldo y si bien los instrumentos no variaron, la mayor integración de los sectores empresariales en el diseño de la política sectorial -encausado a partir de proyectos elevados al PEN desde las cámaras industriales-, y el intento por brindar un espacio al capital extranjero a partir de la ley 14.222, son evaluados positivamente por el autor. Otros aspectos como el papel del Estado en la producción automotriz también son rescatados, teniendo en cuenta su carácter de puntapié inicial para la inversión en áreas de producción que aún no contaban con un mercado interno importante. En suma, lo que se está proyectando aquí es la visión de un Estado que pareciera administrar mejor la escasez que la abundancia, pero porque aquella lo obliga a sacrificar, a disgusto, parte de sus bases de apoyo político. Belini sentencia que la expansión industrial durante el período peronista fue, antes que nada, el correlato del crecimiento de la demanda, que no es otra cosa que el discurrir material de una alianza política con unos trabajadores cuyos reclamos se habían respaldado inicialmente y que se hacía difícil dejar de sostener, fuera en un contexto de opulencia o en uno de crisis. Se vuelve, de esta manera, a la tesis de la naturaleza política de los límites presentes en el despliegue de cualquier opción económica. ¿Se debe inferir a partir de esto que el peronismo no hubiera podido desplegar una “política industrial” compleja y planificada, aunque hubiera tenido voluntad de hacerlo?

¿Y, entonces, qué balance se puede esbozar sobre *La industria peronista*? Como cuestión fundamental, catalogarlo como una contribución sería al conocimiento de un área hasta el momento poco explorada por la historia profesional. Detrás del muy medido aparato erudito y del listado de fuentes primarias que incluye el texto, se adivina a un Belini inmerso en numerosos archivos, dispersos todos ellos, y atando cabos muchas veces distantes, para interpretar la política sectorial del peronismo y sus efectos. Luego, reconocer que en la forma de encarar el análisis, se perfila una idea fuerza: en el libro parece primar un “deber ser” relacionado con el concepto de “política industrial” utilizado, frente al cual, la labor efectiva del peronismo se deshace en un haz de contradicciones e improvisaciones momentáneas y poco articuladas. Con esto no se desmerece, en absoluto, el trabajo de Belini, sino que se pone en evidencia una tendencia recurrente en la historiografía de las últimas décadas, de la que no estamos exentos y que tiene que ver con que los grandes interrogantes, los grandes temas, aquellos que movilizan a historiadores y a legos, ya no se abordan a partir de explicaciones

totalizadoras sino basándose en el tratamiento de aspectos acotados dentro de un problema mayor, estudios de caso, etc. Recuperar la complejidad antes que la simplificación es siempre bienvenido, pero vuelve a ponernos una y otra vez ante la incómoda pregunta: ¿estos enfoques tienen la capacidad suficiente como para atraer a un elenco más vasto de lectores? Un *outsider* del campo historiográfico, después de derribar sus preconceptos sobre la “política industrial” del peronismo, ¿con qué nociones nuevas los reemplaza? ¿Es dable pensar que es importante en sí mismo que se quede con la sensación global de que el peronismo “pudo haber sido algo” que en definitiva “no fue”? Algunos dirán que basta con que la historia brinde herramientas para pensar y repensar los procesos, derribar los mitos, etc. Es un punto cierto y válido, pero en todo caso sigue siendo difícil que libros como éste trasciendan del todo los muros de la disciplina, aún cuando, internamente, la ayuden a tener un conocimiento depurado de los grandes temas argentinos.

**María Paula Luciani**